

**CUENTO N° 275**

**TÍTULO: CONVIVIR CON EL PERRO Y EL GATO**

**SEUDÓNIMO: NALDO**

**AUTOR: GONZALO ARNALDO GUTIÉRREZ MUÑOZ**

## Convivir con el perro y el gato

“Miau” me advirtió Mónica al despertar desde la pieza contigua. “Guau” le respondí. Ese es el saludo matinal para empezar a tomarnos los remedios diarios. Todo a partir del contagio por coronavirus que nos obligó a dormir en camas separadas, en piezas contiguas, pero debidamente acompañados.

Ella duerme con la gatita “Blanqui”. Yo con los perritos Beagle “July” y “Lolo”. Los cinco perros restantes están repartidos en el patio delantero y posterior, todos recogidos de la calle, que llegaron para de alguna forma atenuar los robos en nuestra casa que se repitieron unas veinte veces.

“Blanqui” no acepta que ningún animal se le acerque y se acurruca en el seno materno de Mónica. En tanto, “July” y “Lolo”, duermen a ambos costados de mi cuerpo. “Lolo”, se mete entre las sábanas y le gusta dormir con la cabeza en la almohada, en tanto “July” se acomoda a los pies, pero atravesada, lo que me obliga a estirarme en diagonal a la cama.

Tal como dice Mónica, desde que llegaron estos regalones se han convertido en los “niños” de la casa, que pasaron a reemplazar a nuestros hijos y a la única nieta que hoy están en la Séptima Región.

Con las semanas y superada la emergencia sanitaria, el acostumbramiento a este estilo de vida nos impide compartir la cama matrimonial y cuando alguno de los dos

lo intenta, al poco rato aparecen las mascotas buscando a su protector nocturno, quedando en el tálamo una multitud que hace imposible intimar o avanzar en el sueño.

A nuestros 72 años de edad y más de 40 como matrimonio, nos hemos convertido en los padres de estas mascotas, ocupándonos de sus alimentos, medicinas, sacarlos de paseo por el barrio y que tengan un buen dormir además de regalonearlos.

Con el pasar de esta larga pandemia y cuarentenas de por medio, Mónica se ha puesto gatuna y yo perruno. Desde que nos levantamos mostramos durante el día la postura de ambas especies animales. Ella se luce huraña varias veces al día mostrando sus garras, y por mi lado, un poco bravucón reluciendo dientes y ladridos varios. Como se dice en la jerga popular: vivimos como el gato y el perro. Y tal como lo expresa una de las canciones de “Los charros de Lumaco”, que mi señora pasa reproduciendo: “En el día discutimos y en la noche nos amamos”, claro que cada uno apegado a sus propias mascotas.

“July” y “Lolo” antes de dormirse me besan las manos y juegan a morderse hasta que se cansan y se relajan en la cama. “July” es buena para la pestaña y su ronquido asemeja al paso de un tractor, que a veces termina en un suspiro. “Lolo” sueña persiguiendo a alguien o alertando la presencia de un extraño lanzando un ladrido hasta destaparse, llegando varias veces a caerse del catre. Me despierto sobresaltado y ambos retomamos a los segundos el sueño postergado, mientras

“July” no se inmuta y en cambio se estira lo más largo que puede para ganar nuevos espacios.

Por su parte “Blanqui” mueve sus manitos en busca de un espacio que sea cómodo, en el pecho de Mónica, tarea que se demora entre uno y dos minutos, hasta que finalmente deja caer su cabeza en señal de que empezó la hora de dormirse. Despierta en cualquier minuto para ir al baño y luego retoma su lugar, aunque a veces se traslada al sillón donde se relaja estirando sus extremidades.

Como ya llevamos casi año y medio con este estilo de vida, es que particularmente me siento como un perro. Ladro, pero no muerdo. Me quedo dormido varias veces durante el día frente al computador o al televisor. Salto de la cama, pero a veces lo hago en cuatro patas para buscar los zapatos que quedan repartidos en la pieza o debajo del catre. A diferencia de mover la cola para celebrar la llegada de un nuevo día, alzo ambos brazos al cielo y me persigno en recuerdo de mis padres, esposa, hijos, nieta, ahijada, parientes, sobrinos, amigos y mascotas que están delicados de salud o que ya no están con nosotros.

Mi esposa siempre se queja de que tiene problemas para dormir, que le cuesta agarrar el sueño, aunque ve televisión hasta las dos de la mañana. Lanza largos bostezos, pero no hay caso. Se levanta, va al baño, toma agua caliente, consume yerbas y pastillas, hasta que a las 3 de la mañana emprende el viaje prometido a un descanso feliz.

En este período hemos sufrido la pérdida de la mascota “Ita”, una perrita recogida a orillas del Río Claro en Itahue -de ahí el nombre-, localidad de Molina y que compartió nuestras vidas con alegría y cariño. Una hermosa Golden Retriever que buscaba el cariño de quienes desde la calle le acariciaban su cabeza y cuerpo, entre las rejas del patio donde oficiaba de guardiana.

Un fulminante cáncer nos provocó un dolor tan fuerte como si fuera la pérdida de un ser humano y ahí está sepultada en el jardín, hasta donde llegan los demás perritos a reposar sobre el suelo que se presenta cálido.

Como siempre a las 8 de la mañana los perros y la gata comienzan a levantarse y a enrostrarse, lo que obliga a abrirles los espacios propios de los patios. La gata se sube al parrón y los perros salen al jardín jugando a morderse, sumándose los demás a cumplir con sus necesidades.

Esta vivencia en plena pandemia ha ocurrido alejado de nuestra hija Mónica e hijo Gonzalo, que viven y trabajan en Longaví y Molina, respectivamente, a quienes los recuerdo emotivamente:

“Yo no quiero a mis hijos, los admiro.

Yo no abrazo a mis hijos, los beso.

Yo no los veo, porque están insertos en mí.

Yo no los siento, los tengo impregnados.

Yo no los escucho, yo ya sé lo que quieren”.

////////////////////